

Reivindicación de un escritor:

Andrés Carranque de Ríos

Blanca Bravo Cela

La escritura del anarquista Andrés Carranque de Ríos resucitó efímeramente en el panorama de la edición y la crítica cuando, en 1998, Ediciones del Imán, publicó su *Obra completa*. Algunas reseñas se hicieron eco de tal evento que, lamentablemente, quedó en simple anécdota. Y, sin embargo, su producción literaria resulta tan fascinante como la figura de este escritor madrileño, nacido en 1902 y fallecido precozmente, con apenas 34 años, debido a un cáncer de estómago.

Son numerosos los perfiles y semblanzas que se le han dedicado desde que empezó a ser conocido en los círculos literarios madrileños, allá en 1934, hasta hoy^[1]. Escritor que probó suerte en el mundo del cine –aquel cine mudo que empezaba a constituirse en Madrid como un proyecto de futuro, a imitación del americano- tras haber sobrevivido gracias a mil y un trabajos de remuneración escasa y ningún reconocimiento social. Tras el fracaso rotundo en el mundo cinematográfico –había participado en películas tan dispares como la surrealista *Al Hollywood madrileño* (1928), de Ignacio Soldevila, o la adaptación de *Zalacaín el aventurero* (1929), de su admirado Pío Baroja^[2]-, se dedicó a criticarlo con una ironía ácida y refinada desde las páginas de sus libros, especialmente en *Cinematógrafo* (1936)^[3].

La escritura de Carranque de Ríos conjuga crítica social -en la línea postulada por el rehumanizador José Díaz Fernández en su ensayo *El nuevo romanticismo* (1930)- y un estilo depurado. De hecho, la templada expresión del compromiso en sus obras lo distingue de la literatura revolucionaria de retórica ampulosa que inundó los quioscos de los años treinta, en innumerables colecciones de novela breve. Efectivamente, Carranque se define por una originalidad basada en la contradicción: de origen social humilde, pero de afanes aristocráticos, de voluntad rupturista en lo referido a la literatura, pero de fiel adscripción a las más clásicas novelas de Baroja.

De sus tres novelas publicadas en la editorial Espasa-Calpe en años consecutivos, entre 1934 y 1936, quizá la mejor sea la segunda, *La vida difícil* (1935). Después de la novela autobiográfica que era *Uno* -un madrileño que procura sobrevivir en un ambiente humilde y sombrío-, *La vida difícil* constituye un ejercicio meditado de polifonía discursiva que combina el relato de un buscavidas en París con la vida de un matrimonio aburrido del que la mujer quiere escapar leyendo folletines románticos. Resulta una obra que oscila entre las escenas trepidantes y los remansos líricos, que derivan en una crítica suspicaz, necesariamente rompedora de los esquemas de la época. Que una mujer mate a su marido, conformista y burgués, animada por la lectura romántica y que esa noticia, aparecida en la sección de sucesos de un diario, sea leída por el protagonista de la novela, demuestra una aguda combinación de relatos que busca un azar más profundo que el casual y que demuestra que todo está dramáticamente relacionado.

La muerte del crítico Carranque en octubre de 1936, relegó su obra al silencio. Quedaron guardadas las ediciones de las novelas que no se habían vendido y resultaban impensables reediciones de sus obras en la España de Franco. Sin embargo, en 1963, Joaquín de Entrambasaguas reeditó *Cinematógrafo* dentro de una colección titulada *Las mejores novelas contemporáneas*. La novela podía ser leída como una crítica a los años de la República en los que numerosos personajes malvivían esperanzados por conseguir un éxito cinematográfico que no llegaba nunca. En los años setenta la editorial Turner recuperó *La vida difícil* en una colección de novela social que recogía obras de otros autores coetáneos a Carranque como Ciges Aparicio, César M. Arconada, Arturo Barea y José Díaz Fernández. Sin embargo, esa colección debió de entenderse como un gesto de nostalgia de los herederos de los vencidos de la guerra que querían rescatar recuerdos emotivos en un momento en que se saboreaba la libertad de publicación, libre de la censura. Las editoriales se veían saturadas de textos de exiliados y de antifranquistas deseosos de romper un silencio de décadas. Poco antes, en 1970, José Luis Fortea, quien dedicó su tesis a la figura y la obra de Carranque[4], había editado un volumen de cuentos, titulado *De la vida del señor Etcétera y otras historias* que procuraba preparar la sensibilidad del público para la literatura del olvidado anarquista. Con todo, Carranque nunca ha sido del todo

conocido más que en reducidos círculos literarios. La gran cantidad de artículos de recuperación que hemos reseñado en la nota al pie inicial nos da una idea de cómo se le ha estado presentando constantemente, desde que en 1934 empezó a publicar de modo regular.

Ciertamente, Carranque era una promesa y es un personaje maldito por el olvido al que se ha visto condenado. Es obvio que no podemos estudiar la evolución de su literatura puesto que su carrera fue extremadamente breve, pero Carranque supone todo un síntoma del tremendismo que se pondrá tan de moda durante la posguerra. Inició el camino de una crítica sutil, sin retórica ideológica abrumadora y se dedicó a censurar el rumbo del país a partir de la escena cotidiana y de un pesimismo nihilista con el que sus contemporáneos podían identificarse fácilmente. Su literatura se dedica a relatar lo sencillo, lo cotidiano, por medio de una literatura de la vida en una línea que retomarán después Camilo José Cela e Ignacio Aldecoa, por ejemplo, esos narradores que parecen conocer el misterio de la vida. Carranque había anticipado el desencanto del escritor que sabe que todo es para nada y lo hace vivir en el papel a sus personajes. En este sentido, es impagable la creación de un Señor Etcétera, contable a punto de jubilarse, que ha vivido toda su vida en un despacho haciendo números y enamorado de su casera, a la que nunca se ha declarado.

También reconocemos escenas de un absoluto tremendismo –“rama en la que con decir las cosas como son, ya se cumple”, con palabras de Cela[5]- en otros casos, en los que muestra el sometimiento y la renuncia de los personajes. En el cuento *El método*, revisión de la fábula de la lechera, el protagonista se casa con una estanquera para sobrevivir. La escena marital no puede ser más explícita de la absoluta frustración del personaje: “La estanquera esperó a que Julián Gutiérrez oprimiese el botón de la luz eléctrica para despojarse de la dentadura y hundirla en un vaso de agua. De la cocina llegaba un olor desagradable, y él se levantó para cerrar la puerta de la alcoba. Al estar otra vez en la cama sintió cierta dejadez.”[6] Unos veinte años después, Cela describía en *La colmena* otra escena de matrimonio en la cama: “Don Roberto lava su dentadura postiza y la guarda en un vaso de agua que cubre con un papel de retrete, al que da unas vuletecitas rizadas por el borde, como las de los cartuchos de almendras. Después se fuma el último pitillo. A don Roberto le gusta fumarse todas las noches un pitillo, ya en la cama y sin los dientes puestos.”[7]

En ambos casos se dan las mismas vulgaridades y similares renunciaciones. Los personajes vencidos, el tiempo sintético formado a partir de elipsis, la organización conductista, el uso frecuente del diálogo y la descripción del paisaje –y paisanaje- madrileños, son otros rasgos compartidos por ambos autores que revelan una vinculación temática y estética entre ambas generaciones[8].

Lo cierto es que figura y obra de Carranque se han visto sometidas a varias circunstancias. La primera es el hecho de haber fallecido prematuramente en su mejor momento literario, otra es el transcurso de una guerra que ganaron los enemigos de su ideología y, en fin, el hecho de que en los años treinta se escribiera con un absoluto delirio. La alfabetización llevada a cabo por los planes de enseñanza republicanos produjo un ansia literaria entre la población que se tradujo en la producción masiva de obras literarias por parte de muchos sectores que hasta entonces se mantenían alejados de tales actividades. Obreros, campesinos, comerciantes escribían novelas y novelitas que nutrían las colecciones de novela breve y las revistas semanales. En ese mar de publicaciones, pasó más o menos desapercibido el escritor que había logrado un prólogo de Pío Baroja para su primera novela y que se dedicó a escribir una novela tras otra para la editorial que había apostado por él. Después de eso, la muerte, la guerra y el silencio que sólo se ve roto tímidamente de década en década. Y, sin embargo, hay que leer a Carranque para ampliar la visión socio-política de los años republicanos y, sobre todo, para situar con acierto los orígenes de buena parte de la literatura española de la posguerra.

Anexo. Obras de Andrés Carranque de Ríos

Poesía

“Estival”, *España*, núm. 380, 28-VII-1923.

“Edad primera”, *Vértice*, núm. 3, 1-XII-1923.

Poemas, *El Bidasoa*, 12-VIII-1928.

Nómada, Madrid: Fernando Fe, 1923.

Cuentos y novelas cortas

Un astrónomo, *La Voz*, núm. 1125, 1-I-1924.

En invierno, *Estampa*, núm. 267, 18-II-1933.

En la cárcel, *Estampa*, núm. 284, 6-V-1933.

El método, *Estampa*, núm. núm. 284, 17-VI-1933.

Los primeros pasos, *Nuevo Mundo*, núm. 2055, 28-VII-1933.

De la vida del señor Etcétera, *Ahora*, núm. 831, 12-VIII-1933.

Los trabajadores, *Estampa*, núm. 301, 14-X-1933.

Gente joven, *Ahora*, núm. 987, 10-II-1934.

De tres a cinco de la madrugada, *Estampa*, núm. 358, 24-XI-1934.

El señor director, *Ciudad*, núm. 4, 16-I-1935.

Cuatro hombres encarcelados, [¿?]

Y el sol sale, en la novela colectiva *Historia de un día de la vida española*, *Tensor*, núms. 5 y 6, octubre, 1935.

De la vida del señor Etcétera y otras historias, edición de José Luis Fortea, Madrid: Helios, 1970. Col. "Hechos y Palabras", 1.

Novelas

Uno, Madrid: Espasa-Calpe, 1934.

Uno en la Obra completa, Madrid: Ediciones del Imán, 1998.

La vida difícil, Madrid: Espasa-Calpe, 1935.

La vida difícil, Madrid: Turner, 1975.

La vida difícil en la Obra completa, op. cit.

Cinematógrafo, Madrid: Espasa-Calpe, 1936.

Cinematógrafo en Las mejores novelas contemporáneas, IX, Barcelona: Planeta, 1963.

Cinematógrafo, Madrid: Ayuntamiento y Comunidad de Madrid, 1993.

Cinematógrafo, Madrid: Viamonte, 1997.

Cinematógrafo en la Obra completa, op. cit.

Artículos periodísticos

“Un nuevo sistema de vivienda”, *Estampa*, núm. 296, 9-IX-1933.

“África misteriosa”, *Estampa*, 16-IX-1933.

“Catalina Bárcena y Martínez Sierra vuelven a España para producir películas en Madrid”, *Estampa*, núm. 303, 27-X-1933.

“Seis horas dentro de un taxi”, *Nuevo Mundo*, núm. 2075, 15-XII-1933.

“El Congreso Internacional de Escritores para la defensa de la Cultura”, *Heraldo de Madrid*, 17-VI-

1935, 26-VI-1935 y 1-VII-1935.

“Los escritores y el pueblo, *Línea*, núm. 1, 29-X-1935.

“La cultura y el orden”, *Línea*, núm. 1, 19-X-1935.

[1] G. RIVERA: “*Uno*, novela de Carranque de Ríos”, *La Voz*, 15-VIII-1934; R. MARTÍNEZ GANDÍA: “Una vida extraordinaria. Carranque de Ríos, ebanista, albañil, poeta, anarquista, artista de la pantalla y novelista”, *Crónica*, 23-IX-1934; Carlos SAMPELAYO: “Las vicisitudes de Carranque de Ríos, autor de *Uno*”, *Heraldo de Madrid*, 2-XI-1934; “Entrevista con Carranque de Ríos”, *Heraldo de Madrid*, 17-VI-1935; “Carranque de Ríos”, *El Mono Azul*, 1936; A. O. S.: “Carranque de Ríos: una vida intensa que desaparece”, *Mundo Gráfico*, 14-X-1936; Eugenia SERRANO: “La alhambra manchega. Un poeta anónimo”, *Pueblo*, 10-VI-1954; Marcelo ARROITA-JAUREGUI: “Introducción a Carranque de Ríos”, *Pueblo*, 28-II-1959; “Carranque de Ríos, un novelista del próximo ayer”, *Pueblo*, 6-III-1959; Eusebio GARCÍA LUENGO: “Vida y evocación”, *Arriba*, 1-III-1959; José ALONSO: “Carta abierta a don Rafael García Serrano (Sobre Carranque de Ríos)”, *Madrid*, 1-I-1963; Concha LAGOS (ed.): Monográfico de *Ágora*, enero-abril, 1963; Marcelo ARROITA-JAUREGUI: “Aunque lo sigamos ignorando”, *La Vanguardia*, 11-IX-1963; Antonio TOVAR: “La novela en España. Sobre *Cinematógrafo* y Carranque de Ríos”, *La Gaceta Ilustrada*, 28-XII-1963; Pablo CORBALÁN: “Cuentos de Carranque de Ríos, un escritor olvidado”, *Informaciones*, 19-XI-1970; José Carlos CLEMENTE: “El retorno de Carranque de Ríos”, *Mundo*, 26-XII-1970; Antonio IGLESIAS LAGUNA: “*De la vida del señor Etcétera y otras historias* de Andrés Carranque de Ríos”, *ABC Suplemento*, 14-I-1971; Rafael CONTE: “*Cinematógrafo*. Andrés Carranque de Ríos”, *ABC Literario*, 1-VIII-1997; Miguel GARCÍA-POSADA: “La recuperación de Carranque”, *Babelia*, 30-VIII-1997; José ESTEBAN: “Una novela viva”, *Revista de Libros*, octubre, 1997; Luis Antonio de VILLENA: “Carranque de Ríos”, *El Mundo*, 10-I-1999; Javier MEMBA: “Más maldito que ninguno”,

El Mundo, 24-IV-1999; Blanca BRAVO CELA: “Recuperación de Carranque de Ríos”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, abril, 1999.

[2] Para la vinculación de Carranque con el cine remito a mi artículo titulado “Carranque de Ríos y el cine (1925-1936)”, en *Secuencias*, núm. 11, I semestre 2000. Pp. 64-71.

[3] *Cinematógrafo* es la novela que ha gozado de un mayor éxito crítico puesto que se ha reeditado en cuatro ocasiones.

[4] José Luis FORTEA: *La obra de Andrés Carranque de Ríos*, Madrid: Gredos, 1973.

[5] Camilo J. CELA: *El gallego y su cuadrilla y otros apuntes carpetovetónicos*, Barcelona: Destino, 1955. P. 102.

[6] Andrés CARRANQUE DE RÍOS: *Obra completa*, Madrid: Ediciones del Imán, 1998. p. 174.

[7] Camilo J. CELA: *La colmena*, Barcelona: Noguer, 1986. P. 295.

[8] Camilo J. CELA en su obra autobiográfica *Memoria, entendimientos y voluntades* reconoce haber conocido a Carranque de Ríos en el Madrid de los años treinta. En el capítulo “El fuego, los clásicos y algunos amigos” escribe: “Por entonces [1934] me hago amigo de algunos escritores, todos mayores que yo, claro: (...) César Arconada, que murió en Rusia; Arturo Serrano Plaja, que profesó después en una Universidad norteamericana, creo que en California; (...) Carranque de Ríos, que se incomodó con Baroja porque éste le hizo un prólogo en el que decía que era un mangante (...). Mis amigos de aquel tiempo tiraban hacia la izquierda, propensión que no es ni buena ni mala sino casual y sujeta a modas y conveniencias aun más que a caracteres y temperamentos; ahora que veo ya casi todo con cierta tolerante y aburrida perspectiva, entiendo muy razonable que cada cual creyese o dejara de creer según soplara el viento.” Madrid: Planeta, 1993. Pp. 111-112.